

LA NOCHE
(PESADILLA)

L.M.
/



LA NOCHE

(PESADILLA)

LA noche, me agrada con delirio. Como la patria, como los amores, ejerce sobre mí una influencia instintiva, profunda, invencible. Me agrada la noche y soy dichoso en ella; mis ojos la ven, mi olfato la respira, mis oídos atienden á su silencio, y su obscuridad acaricia mi carne. Las alondras cantan al sol, en el aire azul, cálido y ligero del diáfano amanecer. El buho prefiere la noche; como una mancha negra cruza el negro espacio, y gozoso, embriagado por la negra inmensidad, lanza su grito siniestro y vibrante.

El día me cansa y me aburre; lo encuentro ruido-

so y brutal. Me levanto triste, me visto desalentado y salgo á disgusto; cada paso, cada movimiento, cada ademán, cada palabra, cada idea, me fatigan cual si levantara un peso enorme.

Pero cuando el sol descende, un goce confuso, un goce inexplicable inunda mi ser. Despierto, me animo. A medida que la obscuridad avanza, me siento más joven, más fuerte, más activo, más feliz. Veo cómo se condensa la sombra que derrama el cielo: inunda la ciudad como una ola inasequible, impenetrable; oculta, borra, destruye los colores, las formas; envuelve las casas, los seres, los monumentos con su contacto imperceptible; y siento deseos de gritar como los mochuelos, de correr por los tejados, como los gatos, y un ansia invencible de amores ardé en mis venas.

Recorro unas veces los arrabales, completamente oscuros, y otras, los bosques próximos á París, donde siento rondar á mis hermanas las bestias y mis hermanos los merodeadores.

Todo lo que nos atrae con violencia, nos devora con el tiempo. ¿Cómo explicar lo que me sucede? ¿Cómo hacerlo comprender? Lo ignoro; no lo sé, pero sé que ocurre. Oid:

Ayer—¿fué ayer?—. Sí, ayer indudablemente, como no haya sido antes, otro día, otro mes, otro

año; no lo sé. Sin embargo, habrá sido ayer, porque no hubo nuevas auroras, ni el sol ha vuelto á brillar. ¿Desde cuándo es de noche? ¿Desde cuándo?... ¿Quién lo sabe? ¿Quién pudiera decírmelo?

Ayer salí de casa, como todas las noches. Hacía buen tiempo, tranquilo y cálido. Encaminándome á los bulevares, veía sobre mi cabeza el río profundo y cuajado de estrellas, que los tejados de la calle tortuosa, recortaban en el cielo, y hacían ondular—como verdaderas orillas—la corriente movible de los astros.

Todo era claro en el aire sutil, desde los planetas hasta los mecheros de gas. Brillaban tantas luces en el espacio y en la población, que las tinieblas parecían luminosas. Las noches claras resultan más alegres que los días de sol espléndido.

En el bulevar los cafés resplandecían; la gente reía, entraba, bebía. Entré, sólo un momento, en un teatro; ¿en cuál? Tampoco lo sé; estaba tan iluminado que me dió tristeza, y salí con el corazón dolorido por el reflejo brutal de la luz en las molduras doradas, por el centelleo ficticio de la enorme araña de cristal, por la valla de fuego de las candelas, por la melancolía de aquella claridad falsa y dura.

Llegué á los Campos Elíseos, donde los cafés

cantantes parecen focos de incendio entre las hojas; los castaños, envueltos en claridad amarillenta, parecían pintados, con aspecto de árboles fosforescentes; y los globos eléctricos, análogos á lunas pálidas, á huevos de luna caídos del cielo, á perlas monstruosas y vivientes, hacían palidecer con su claridad nacarada, misteriosa y magnífica, las luces de gas rojizas y sucias y las guirnalda de vasos de colores.

Bajo el Arco de Triunfo me detuve para contemplar la Avenida, ¡la extensa y admirable Avenida estrellada, guiando hacia París entre dos líneas de fuego y los astros! Los astros lucían, lanzados al azar, en el espacio infinito, donde forman esos dibujos raros que tantas divagaciones y tantos ensueños originan.

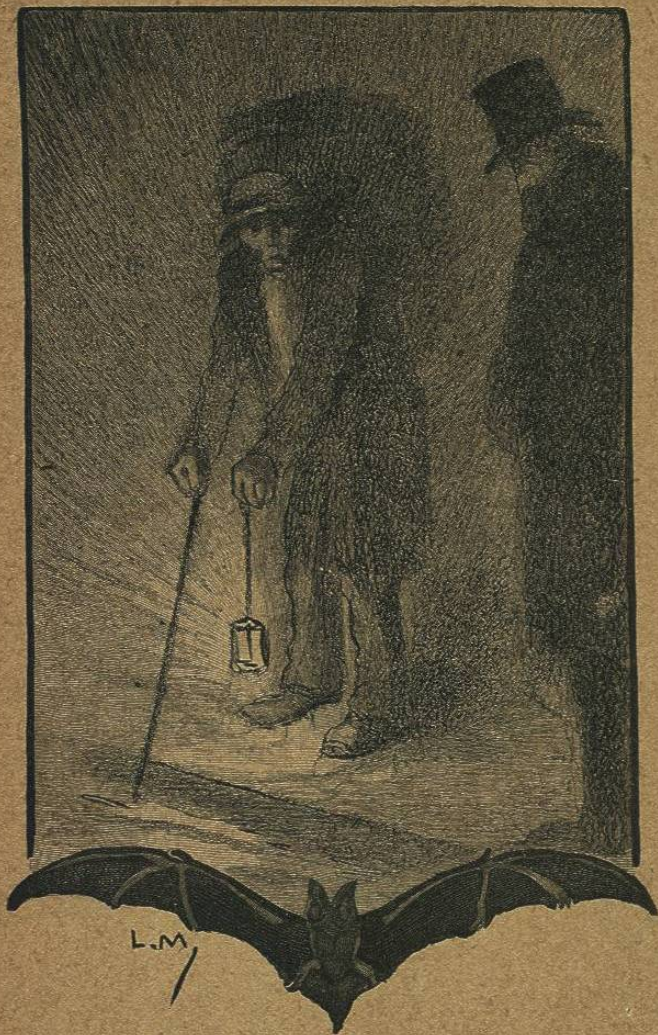
Entré en el Bosque de Bolonia, donde permanecí mucho rato, mucho. Sobrecogíome un estremecimiento singular, una emoción profunda, imprevista y potente; mi cerebro, exaltado, se sumergía en la locura.

Anduve, anduve sin descanso; después retrocedí.

¿A qué hora pasé de nuevo por el Arco de Triunfo? No lo sé; la población reposaba, casi por completo dormida, y el cielo encapotábase con oscuros nubarrones.

No sé cómo preví que sucedería pronto algo nuevo y extraño. Parecióme sentir frío; el aire se hacía cada vez más denso; la noche, mi noche adorable, caía pesadamente sobre mi corazón. La Avenida estaba ya desierta; únicamente dos policías paseaban frente á una parada de coches, y en el arroyo, iluminado apenas por los mecheros de gas agonizantes, apareció una hilera de carros de verduras para el mercado. Avanzaban lentamente cargados de zanahorias, nabos y coles. Los carreteros dormían invisibles, y los caballos andaban con paso monótono, siguiendo al carro anterior, sin ruido, por el pavimento de madera. Al pasar junto á los faroles, brillaban las zanahorias encarnadas, los nabos blancos, las coles verdes, y los carros seguían uno tras otro, rojos como fuego, blancos como plata, verdes como esmeraldas. Fuime tras ellos; luego, por la calle Real, volví á los bulevares. No había nadie, ni luces en los cafés; algunos rezagados apretaban el paso, con ansia de llegar. Nunca vi la población tan muerta y abandonada. Miré al reloj: eran las dos.

Me impulsaba una fuerza, un ardiente deseo de andar; llegué hasta la Bastilla, donde noté que jamás vi otra noche tan oscura, pues no pude siquiera distinguir la columna de Julio, cuyo Genio



de oro se perdía en la impenetrable obscuridad. Una densa bóveda de nubes, envolviendo las estrellas, parecía caer sobre la tierra para aniquilarla.

Retrocedí. No hallé á nadie. Sólo en la plaza del Chateau d'Eau, estuvo á punto de caer sobre mí un borracho; se alejó con paso desigual y sonoro. Seguí andando. Al llegar á Montmartre, pasó un coche desalquilado, hacia el Sena; le llamé, pero el cochero no atendió. Una moza, rondando cerca de la calle Drouot, me dijo: «Escuche dos palabras, caballero...» Me apresuré, para evitar su mano extendida. Luego, nada. Frente al Vaudeville un trapero hurgaba entre la basura; ondulaba su farolillo junto al suelo.

—¿Qué hora es?, buen hombre—le pregunté.

Y él dijo huraño:

—¡Si yo lo supiera! No tengo reloj.

Entonces observé que de repente se apagaban las luces de gas. No ignoraba que por economía las apagaban siempre antes de que amaneciera. Y faltaba mucho aún para amanecer, ¡mucho!

«Iré á los mercados —me dije—; á lo menos en los mercados hay vida.»

Emprendí el camino; pero no veía lo necesario para orientarme. Andaba despacio, como se anda en un bosque; iba reconociendo y contando las calles.

Frente al Crédit Lyonnais gruñó un perro. Tomé por la calle de Grammont, extraviándome; luego, por las verjas de hierro que la rodean, reconocí la Bolsa. París entero dormía con sueño profundo, pesado. Sin embargo, á lo lejos rodaba un coche, tal vez el que pasó frente á mí poco antes. Procuré salir á su encuentro guiándome por el ruido que hacían las ruedas, y atravesé calles solitarias y oscuras; negras, negras como la muerte.

Volví á extraviarme. ¿Dónde me hallaba? ¿Por qué apagan todos los faroles? ¡Qué torpeza! Ni un transeunte, ni un rezagado, ni un ratero, ni siquiera el maullar de un gato amoroso. Nada, nada.

«¿Dónde habrá policías?» — me pregunté —. «Si los llamara...» — Di voces. Nadie contestó. Grité fuerte, y mi grito se perdió, sin eco, débil, ahogado, embebido por la noche, por aquella noche impenetrable.

Yo aullaba: «¡Socorro; ¡socorro! ¡socorro!»

Mis gritos desesperados no tuvieron respuesta. ¿Qué hora sería ya? Quise mirar el reloj, pero no llevaba cerillas para ver la esfera. Oí sólo el *tic-tac* de la minúscula maquinaria; y aquel ruido tenue, imperceptible casi, me produjo alegría inmensa, extraña, como si alguien viviera junto á mí, haciéndome compañía. ¡Qué misterio!

Me puse de nuevo en marcha tanteando las paredes con el bastón, y á cada instante levantaba los ojos al cielo esperando ver por fin alborear el día; pero el espacio estaba negro, completamente negro, más negro aún que los muros de la ciudad.

¿Qué hora sería? Me pareció que andaba después de muchas horas; las piernas me flaqueaban, respiraba penosamente y sentí un hambre terrible.

Decidíme á llamar en la primera puerta cochera que hallase. Apreté un botón, el timbre sonó dentro de la casa de un modo extraño, como si aquel vibrante ruido repercutiera en un lugar deshabitado.

Esperé; no contestaron, ni abrieron la puerta; volví á llamar y esperé de nuevo. — ¡Nada!

Desalentado y miedoso hice sonar veinte veces la campanilla de otra casa, pero no se despertó el portero; y anduve de puerta en puerta colgándome á todas las anillas, apretando todos los botones y golpeando con el bastón, con las manos y con los pies todos los postigos, obstinadamente cerrados.

De pronto advertí que me hallaba ya en los mercados. Pero los vi desiertos. Ni un ruido, ni una voz, ni un carro, ni un hombre, ni un cesto de verduras ni de flores. Todo vacío, abandonado, muerto.

Me sobrecogió un espanto invencible. ¿Qué sucedía? ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Qué sucedía?

Otra vez andando, andando, y sin hora. No se oía ninguna campana. Ocurrióseme levantar el cristal de mi reloj, palpar las agujas. Lo saqué del bolsillo... No... no andaba, se había parado. ¡Como aquella noche no le di cuerda...! Y luego ¡nada! ni un estremecimiento en toda la ciudad, ni un resplandor, ni el más leve sonido que agitara el aire. ¡Nada! ¡nada! ¡Otra vez el rodar lejano del coche... Y luego, nada!

La frialdad que subía del río, me hizo comprender que me hallaba en los muelles.

¿Corría el agua del Sena?

Quise averiguarlo; buscando á tientas el primer escalón, bajé... No se oía el rumor de la corriente; seguí bajando... Pisé arena... barro... luego agua... Metí el brazo en el agua... ¡Corría!.. corría... casi helada... casi muerta.

Y comprendí al punto que me faltaban fuerzas para volver á subir... que yo también estaba casi muerto, de hambre, de fatiga, de frío...



INDICE

	<u>Págs.</u>
Claror de luna	1
Un golpe de Estado	19
El lobo	43
El niño	57
Cuento de Navidad	71
La reina Hortensia	85
El perdón	103
La leyenda del monte de San Miguel	117
Una viuda	129
La «Tuna»	143
Las joyas	157
Aparición	175
La puerta	191
El padre	205
El crimen del maestro	217
Nuestras cartas	233
La noche (pesadilla)	247